

L47  
20728  
HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

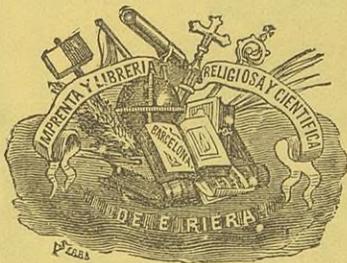
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEBA;

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 83.

L47  
1856

DE LAS LIBRERIAS

IMPRESION DE LA LIBRERIA



IMPRESION DE LA LIBRERIA

Le rodea á Lutero una atmósfera tan espesa de adulaciones, que le es ya poco ménos que imposible el que, desprendiéndose de la infatuacion de la lisonja, vea las cosas con claridad. Las universidades, las academias, los palacios de los nobles, la plaza pública donde se



ARRESTO DE CÁRLOS I.

reune el pueblo, todo Vittemberg se disputa al P. Martin. Apénas entra en su celda, cuando la campana de la portería anuncia la llegada de un artista, de un noble, de un profesor que quiere verle. Ora es un doctor que le pregunta sobre santo Tomas, y despues de la consulta se acuerda que es menester sustituirlo por Ovidio y sus *Metamórfosis*; ora es Hutten, que,

frotándose las manos de júbilo ante el rebelde religioso, exclama entusiasmado dentro la celda misma de un monje:

—Vamos, hermano, todo marcha bien. ¡Guerra á los frailes!

Lutero está constituido en una especie de papa; él resuelve cuestiones, él establece doctrinas. Se le interroga sobre la guerra contra los turcos:

—¿De qué sirven estas guerras todas carnales? contesta. Lo que hay que emprender es una guerra intelectual sobre nosotros mismos. Hay algo peor que la tiranía de los turcos, es la tiranía de Roma. No contemos con victorias; hoy Dios combate contra nosotros.

Leon X comprendía toda la gravedad de la situación. Tras de Lutero estaban la Sajonia, la Alemania entera. Y ya no se trataba de una lucha por medio de las armas como en las guerras del imperio y el sacerdocio; esta vez las fortalezas serían las universidades, los jefes los doctores, los soldados las masas, las armas la prensa, la cátedra; guerra que no sería posible encerrar dentro las fronteras de una nación; Leon X comprendía demasiado que aquel incendio amenazaba tomar colosales proporciones.

Va á ensayar un supremo recurso. Quiere ver si lo que no logró el cardenal Cayetano lo logrará Miltitz.

Leon X cree que Miltitz tiene la ventaja de que, como alemán, su conducta no podrá herir el sentimiento nacional, y espera que tal vez pueda obtenerse un buen resultado, renunciando á toda severidad y acudiendo á la dulzura, cualidad que resaltaba en el carácter del canónigo de Maguncia y nuncio apostólico.

Miltitz empieza por imponer silencio á los dos bandos opuestos. Se prohíbe hablar á Lutero; pero se prohíbe también á los predicadores de indulgencias. Para hacerse oír, Miltitz cree que lo que urge es calmar la efervescencia de las pasiones.

Al dominico Juan Tetzel le rodeaba en Alemania una atmósfera de calumnias de que Lutero era el principal responsable. Se había popularizado el falso rumor de que Tetzel consideraba como inútiles la penitencia y el arrepentimiento con tal que se procurasen indulgencias; se le atribuían proposiciones que no había emitido jamás, tales como la de que: *Si quis virginem aut matrem violasset*, quedaba perdonado con la indulgencia, llegando muchos á atribuirle que esta proposición el dominico la había aplicado á la Virgen María á fin de exagerar más el valor de las indulgencias.

Lutero fué de los primeros en atribuir falsamente á Tetzel proposiciones escandalosas; pero teniendo que declarar que él no las había oído. Lutero sabía bien que aquello era toda invención de Myconio.

La calumnia hizo su curso. Tetzel se veía insultado, escarnecido públicamente; más de una vez al descender del púlpito se encontraba al frente de rostros feroces que le miraban con actitud amenazadora.

Tetzel se lamenta de la infamia de que es objeto, pide con lágrimas que se prueben las acusaciones que contra él se formulan. Todo es inútil. Lutero y sus amigos le habían escogido á él como á víctima, y no tenía más recurso que verse inmolado en el altar de la deshonra. Es este un martirio bien terrible; pero ante el cual no se detienen nunca las pasiones de secta.

Miltitz á su paso por Alemania vió por todas partes formular cargos contra Tetzel, acusándole de que con sus imprudencias y exageraciones había dado lugar á las agitaciones de aquel país.

Cuando era el pueblo quien acogía estos cargos, Tetzel ya se impresionó hondamente al sentirse herido en su honra de sacerdote y de predicador, pero cuando, al ser llamado por Miltitz, se figuró que también el Nuncio creía en las calumnias que contra él se habían propalado, este fué para el dominico un golpe abrumador.

Tetzel, enfermo en Leipsick, manifestó los inconvenientes que había para trasladarse á Altemburgo, donde Miltitz se hallaba.

«Me apresuraría á obedecer á Vuestra Señoría, escribe, si pudiera ir á encontrarle sin peli-

gro; pero el agustino Martin Lutero ha suscitado contra mí, no sólo en Alemania, sino en Bohemia, en Hungría, en Polonia tales rencores, que no estoy seguro en ninguna parte. En Augsburgo, en la presencia misma del cardenal Cayetano, ha destrozado mi honra hiriéndome con el nombre de hereje y de blasfemo. Hace tiempo que sometí á Su Santidad un sermón en que el Doctor me acusa de haber ultrajado á la santísima Virgen, calumnia que rechazé el año pasado de palabra y por escrito. No obstante, Martin continúa persiguiéndome de despiadada manera... Piadosas personas me han advertido que me guarde de él; y más de un discípulo de Lutero me ha amenazado con matarme.

«En peligro de muerte, pues, yo no puedo ir á encontrar á Vuestra Señoría, á quien vería con tanto placer como á un ángel. Suplico á Vuestra Señoría, por amor de Dios, que tenga á bien excusarme á causa de mis justos temores. Vos lo sabéis; hasta hoy he amado tiernamente á la Sede Apostólica, y quiero continuar amándola hasta el fin de mi vida. Para defender su honor, desde hace muchos años, y especialmente desde la apostasía de Lutero, he expuesto mi nombre y mi persona á las iras populares; pero ¿qué me importa? Estoy resuelto á sostener á la Santa Sede contra los ataques de sus enemigos hasta el postrer momento de mi existencia.»

El provincial de dominicos escribió á su vez á Miltitz :

«Sabéis ya lo que el reverendo padre maestro Juan Tetzel ha tenido que sufrir por parte de Martin Lutero al tomar la defensa de los intereses de la Sede Apostólica, con riesgo de su reputacion, como lo prueban suficientemente los sermones que ha predicado en público y el testimonio de cuantos le han oído. Aquel que haya leído las provocaciones de Lutero contra Tetzel puede formarse idea de los furros del agustino. Que ha sido ultrajado, insultado, calumniado, aquí están nuestras plazas públicas para decirlo. Yo le recomiendo á Vuestra Paternidad (1).»

Miltitz fué en persona á Leipsick, ordenó que Tetzel se le presentase, y sin dejar lugar á la defensa le amenazó con denunciarle á Su Santidad.

Tetzel no pudo pronunciar ni una palabra. Inclinóse ante el Nuncio respetuosamente, y al llegar á su celda fué para tenderse en el lecho de donde no volvió á levantarse más. Apoderóse de él una fiebre abrasadora. Tetzel comprendió que su destino era descender al sepulcro sin haberse justificado; pero estaba tranquilo. Su conciencia sólo podía acusarle de algun exceso de celo que se concibe dada la sobreexcitacion de las pasiones.

El 14 de julio de 1519 la comunidad de dominicos de Leipsick se dirigía al coro á cantar la *Salve Regina*, rezando á la Virgen en favor de un religioso que luchaba con las ansias de la muerte. Era el P. Tetzel.

En el momento en que el coro decía: *Sub tuum præsidium confugimus, sancta Dei genitrix*, el P. Tetzel lanzó un débil suspiro, fijó los ojos al cielo y espiró.

El odio de los partidarios de Lutero le siguió hasta más allá del sepulcro. Su cadáver fué echado en una cloaca.

Hubo quien publicó un insultante epitafio para colocarlo en su tumba, si un día llegaba á tenerla, el cual decía:

*In hoc sive sepulchro sive carcere  
Ad quietem inquietam,  
Ad memoriam laudis inmemorem,  
Ad future mortis expectationem potius  
Quam vitæ melioris spem,  
Ab iis fuit reconditus  
Qui factorem cadaveris ferre non poterant.  
Fuge, viator,  
Etian mortuus crumenis inminet (2).*

(1) Hoffmann.

(2) Vogel.

En frente de sus escritos los partidarios de Lutero no descuidaban hacer colocar torpes caricaturas del dominico.

Martin que, al saber que Tetzal moría víctima de una calumnia, prometió una reparacion, dejó de cumplir el compromiso contraído en presencia de un agonizante.

## XII.

### Disputa de Leipsick.

Después de su entrevista con Tetzal, Miltitz se propone ver á Lutero. Claro es que ya no se trataba de discutir; á Cayetano, hombre de estudios, de vasta erudicion, excelente controversista, era fácil conducirle á una disputa teológica, aun á pesar de su representacion y de su carácter; pero esto no era posible tratándose de Miltitz, enemigo sistemático de toda clase de controversias; y que ni siquiera se había detenido en estudiar la cuestion que traía removido al mundo cristiano, que era la de las indulgencias.

Miltitz no pasaba de ser un aleman alegre, francote, un poco brusco alguna vez.

Resuelto á no dar á la entrevista el menor carácter de discusion teológica, fué á la mesa adonde citó al agustino. Éste no hizo falta: se conversó alegremente, tratándose, solo como por incidencia, de las agitaciones que se producían en Alemania, de la cuestion pontificia y del dominico Tetzal. Al citarse este nombre, Lutero ya no se pudo contener y dijo entre vaso y vaso.

—Pues ¿no sabéis, monseñor, lo que predicaba Tetzal? Pues Tetzal gritaba en el púlpito: «Si me traéis oro á manos llenas, yo os prometo que todas vuestras montañas se volverán de plata (1).»

Miltitz, haciendo como que dejaba pasar desapercibidas ciertas exageraciones y hasta ciertas sátiras inconvenientes del agustino, le habló de su presuncion en querer sostener enseñanzas contrarias á las de la Iglesia, se quejó de que con sus escritos hubiese inferido agravios al Sumo Pontífice, y le manifestó que era indispensable una reparacion.

Cuando el P. Martin le prometió hacerlo así, el bueno de Miltitz, que no había nacido para diplomático, fué bastante candoroso para creer en la palabra de Lutero, lloró de alegría y le estrechó afectuosamente la mano. Lutero se conformó con abstenerse de predicar, y se comprometió á escribir una carta de sumision á la Santa Sede y á trabajar para que el pueblo aleman no se separase de la obediencia al Papa.

Efectivamente, Lutero escribió á Leon X una carta en que le decía:

«Santísimo Padre, la necesidad me obliga de nuevo á mí, polvo de la tierra; á dirigirme á una majestad tan grande como es la vuestra. Dignese Vuestra Santidad prestar misericordioso oído á esta pobre ovejuela y escuchar mis balidos... Me ha contristado hondamente la desgracia de que se sospeche de mí que soy irreverente hacia la columna de la Iglesia, cuando yo no abrigo más deseo que defender su honra... ¡Ah, Beatísimo Padre! en presencia de Dios, en presencia de la creacion, yo afirmo que no he abrigado jamas la idea de romper ni de debilitar la autoridad de la Sede Apostólica. Confieso que el poder de la Iglesia romana está por encima de todo; que ni en el cielo ni en la tierra hay nada más alto que ella, excepto JESUCRISTO... Respecto á las indulgencias, prometo á Vuestra Santidad no ocuparme más de ellas; recomendaré en mis sermones al pueblo que ame á Roma, que no impute á la Sede Romana las locuras de otros, que no crea en las palabras amargas que yo hacia ella he usado... á fin de que con la ayuda de Dios cese este rumor de discordia.»

Las promesas hechas á Miltitz, esta carta en que Lutero besa la tierra, en que se llama

(1) Myconius.

*Fæx hominum*, la hez de los hombres, *pulvis terra*, polvo de la tierra, *ovicula*, ovejuela, no eran sino nuevos actos de escandalosa hipocresía.

Aquel Miltitz á quien estrechó la mano, á quien abrazó por dos veces, y de quien se mostró tan satisfecho, «no es más que un enredador que me ha dado el beso (beso de Judas), derramando lágrimas de cocodrilo, que yo afectaba no comprender. Venía armado de setenta Breves apostólicos para perderme y llevarme cautivo á su homicida Jerusalem, á la Roma vestida de púrpura.»

La carta remitida al Papa no ha llegado aún á su destino y Lutero escribe ya á un amigo suyo:

«¿Será menester que te lo diga al oído? En verdad, yo no sé si el Papa es el Antecristo en persona ó si es su primer apóstol; de tal suerte el CRISTO, es decir, la verdad, anda corrompido y crucificado en las bulas papales.»

En el convento de Jutterbock, vivían entregados á la práctica de las austeridades evangélicas unos religiosos franciscanos á quienes el ruido de las perturbaciones promovidas por Lutero les privaban de la santa calma de su retiro. Aquellos buenos padres estaban escandalizados al tener conocimiento de algunas de las máximas vertidas por el P. Martin. Inducidos por su celo, sin el menor ánimo de mover contiendas, extractaron de los escritos del agustino catorce proposiciones que como heterodoxas sometieron al exámen del obispo de Brandeburgo, entre las que había la siguiente de que ya tuvo que ocuparse el cardenal Cayetano: «La autoridad del simple laico, fundándose en la Escritura, es superior á la del Papa, á la del Concilio, á la de la misma Iglesia.»

¿Cómo respondió Lutero á la justa observacion que los religiosos de la orden de San Francisco hacían con la mayor sencillez? Respondió con una impudencia que revela una vez más las innobles pasiones que se agitaban en aquel corazón:

—«Sí, lo sostengo; á un laico armado de la autoridad se le debe creer más que al Papa, que al Concilio, que á la Iglesia. Es la doctrina de los juristas y del Panormitano, es la enseñanza católica sustentada por Agustín; nadie en el mundo ha sostenido jamás lo contrario, á excepcion de esos temerarios herejes del convento de Jutterbock, quienes, con su cabeza de meretriz, declaran culpables, absurdas, heterodoxas, las augustas doctrinas de los Padres que ellos nunca han leído.»

¿Por qué Roma, en vez de tantos miramientos, no acudía al brazo seglar, haciendo que fuese el elector de Sajonia quien impusiera al agustino un silencio tan necesario á la paz de las sociedades cristianas? Porque Roma tenía motivos para no estar segura de la actitud de Federico desde que se negó un beneficio que éste pretendía para un hijo natural.

La triste situación religiosa de la Alemania hacía derramar lágrimas á hombres como el doctor de Ingolstadt, Eck, que se propuso oponer al veneno del error el antídoto de la doctrina católica, promoviendo, con permiso de sus superiores, y consintiéndolo Roma, una disputa teológica con Carlstadt, otro de los propagandistas de las falsas enseñanzas de Lutero, á quien había dado la borla de doctor, como decano que era de la comunidad de Wittemberg, donde enseñaba Teología.

En el cartel en que Eck anuncia la discusión, se hace referencia á Lutero. Éste no necesitaba más para satisfacer su deseo de tomar parte en ella, sobre todo, cuando su orgullo le daba la convicción de su pretendida superioridad.

Escribe, pues, á Carlstadt

«Yo no puedo permitir, mi querido Andres, que os presentéis sólo en esta miserable disputa á que se os provoca; porque también se me ataca á mí, y no es justo que un hombre de vuestro saber se rebaje hasta tomar la defensa de lo que yo llamo mis fantásticas imaginaciones.»

Al tener noticia del nuevo contrincante, Eck le escribe.

«Como Carlstad no es hoy más que vuestro segundo, y el hombre de la lucha sois vos, á vos os corresponde fijar el día.»

Así lo hace Lutero.

Esta vez ya la disputa no versa sobre las indulgencias; se trata de si el hombre decaído es capaz de realizar alguna obra buena, si el justo peca aún cuando hace buenas obras, si el purgatorio puede probarse por medio de la Escritura, si el primado del Papa es de derecho humano ó de derecho divino.

Si triunfa la tésis luterana, ya no hay pontificado; porque si éste no tiene un origen divino, si queda reducido á la condicion de institucion humana, entónces, como todas las cosas humanas, estará sujeto á las vicisitudes del tiempo, tendrá su aurora y su ocaso, su juventud, su edad madura y su caducidad; las crisis, las vicisitudes y las debilidades propias de todo lo que no trasciende la esfera de lo humano. Lo que el hombre crea, el hombre puede destruirlo. Quitada esta nube luminosa que oculta la frente del pontificado en las alturas de lo divino, la corona pontificia, lo mismo que las coronas de los reyes, está sujeta á la accion de los vientos que soplan por la tierra; una revolucion puede derribarla; su cetro, como todos los cetros, ha de estar á placer de las evoluciones históricas. Si el primado del Papa se limita á una transmision de poderes meramente humanos, entónces la conciencia del creyente en las horas críticas de la vida en que pasa por delante de sus ojos la nube del excepticismo no cuenta con las claridades de una luz superior que vengan á alumbrarle; en las grandes luchas del alma le falta algo en que poder ampararse como en un apoyo seguro.

La disputa había de verificarse en Leipsick.

Lutero hace su entrada en la poblacion en un carruaje descubierto, sentado entre Melancton y Carlstadt, seguido de centenares de estudiantes de Wittemberg.

Eck entra sin el menor aparato, seguido únicamente de un criado suyo.

La agitacion que se produjo en Leipsick fué tanta que el obispo de Merseburgo, como canciller de la universidad, se creyó en el caso de prohibir toda disputa teológica.

Pero ya que no pudiese verificarse la discusion en la universidad, el Elector mandó que se preparara al efecto un vasto salon en el castillo de Pleissemburgo.

La sala se adornó con suntuosidad; figuraban en ella magníficos tapices, levantándose frente á frente las dos cátedras, colocada la una bajo la estatua de san Jorge y la otra bajo la de san Martin (1).

El domingo, 26 de junio, tuvo lugar la reunion preparatoria.

El lunes, día 27, á las siete de la mañana los tres campeones se reunieron en la sala del colegio para escuchar el discurso que les dirigió el profesor de la facultad de derecho, Simon Pistorio. De allí se dirigieron á la iglesia de Santo Tomas, donde se celebró una misa solemne; y á su vuelta, el profesor de literatura griega Pedro Mosellano abrió la sesion en nombre del duque Jorge, recomendando á los contendientes la moderacion en el lenguaje, la exactitud en las citas y la caridad en la discusion.

A las dos de la tarde, despues de la comida, principió la disputa.

Ocupando el centro del espacioso salon se destaca el magnífico estrado del duque Jorge.

A la derecha de la presidencia sentado en su cátedra se ve á Lutero, cuya cabeza apenas se deja ver al traves de su pupitre, pálido, demacrado, con aquella frente donde se distinguen dos ó tres venas siempre hinchidas, indicio de su carácter inclinado á la cólera. Allí se le contempla con su desden habitual, con sus aires de presumida superioridad.

A su lado está Carlstadt con su mirada repulsiva, con su rostro sombrío, escondiendo unos libros que había traído y de que no se le permite hacer uso por haberse prohibido toda lectura.

Al lado opuesto se ve á Eck ostentando sus anchas espaldas, su tez colorada, destacándose en su rostro sus grandes y expresivos ojos.

Entre la presidencia y la cátedra de Lutero se hallan, vistiendo su traje académico, el sobrino de Reuchlin, varios licenciados én teología y doctores en derecho.

(1) Ranke.

El perímetro de la sala lo ocupan los miembros de las facultades de teología y de derecho de Leipsick y de Colonia, entre los que se distingue en sitio preferente el famoso canonista Emser.

Formando semicírculo en rededor de la sala hay varios bancos donde se sientan multitud de estudiantes, que se han inclinado al pasar Lutero y á quien consideran como el Herman que ha de libertar la patria alemana de lo que ellos llaman las cadenas de Roma.

Estos estudiantes ya habían manifestado su espíritu, dirigiéndose las noches anteriores ante el alojamiento de Eck y gritando allí:

—¡Viva Lutero! ¡Muera Eck!

Y retirándose despues cantando un verso que decía:

*O monachi, vestri stomachi sunt amphora Bacchi.*

Entre los grupos de estudiantes se descubren algunas barbas grises, algunos viejos á quienes la turba estudiantil marea con sus movimientos: son unos bohemios que esperan oír de boca de Lutero nada ménos que el panegirico de Juan Huss.

Vense tambien, deseosos de que empiece la lucha, y contemplando con cierta veneracion á Eck, á algunos sacerdotes de la iglesia de San Pablo, quienes, habiendo corrido la voz de que Lutero se proponía visitar aquel templo, se apresuraron á retirar el Santísimo Sacramento y á esconder las reliquias.

Descúbrese ademas, á la derecha del Sajon, á Melancton con su faz melancólica, con los ojos bajos, en actitud meditabunda, cayendo sobre su despejada frente algun mechon de sus lustrosos cabellos.

La disputa principi6 por el libre albedrío.

Carlstadt, despues de formular, á demanda de Eck, su profesion de fe católica y de adhesion á la Iglesia romana, estableció como Lutero, que el hombre, despues del pecado original, no posee ni una sombra de libertad; que los actos que él considera como manifestaciones de su querer personal no son sino el velo de una falsa espontaneidad; que el hombre marcha, se detiene ó retrocede bajo la mano de Dios de una manera fatal; que la palabra *libertad* que las escuelas repiten tan fastuosamente, no se encuentra en la Escritura, sino que nació en el cerebro de esos sofistas que se llaman escolásticos; que el dogma del libre albedrío no tiene más allá de dos ó tres siglos de existencia.

Es menester decir, en honor de la verdad, que la tésis fatalista fué saludada con generales murmullos, como protesta contra el error que trataba de quitar al hombre su carácter de ser libre, convirtiéndole en máquina.

Vino luégo la cuestion de las obras humanas, que segun la doctrina de Carlstadt son todas ofensivas á Dios. Eck demostró brillantemente y entre los aplausos de lo más ilustre de la concurrencia que esta doctrina es á la vez ofensiva á Dios y al hombre. Invocó con admirable elocuencia la sangre derramada en el Gólgota impresionando hondamente el auditorio al cerrar la boca á Carlstadt preguntándole si el hombre peca tambien al recoger aquella sangre para adorarla.

La frente de Carlstadt iba cubriéndose de un sudor frío. Busca una contestacion que no encuentra en la mirada, en la actitud de sus amigos. Al fin Carlstadt salió de su penosa situacion cuando se anunció que las discusiones se suspendían hasta el día siguiente.

Carlstadt tuvo precision de entregarse al descanso.

Quien al otro día sostuvo la disputa con Eck fué Lutero.

El tema fué el pontificado.

Eck demostró la tésis católica con el pasaje de San Mateo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,» deduciendo de aquí el origen divino del Papado.

Lutero contesta:

—*Tú eres Pedro*, se refiere al Apóstol; *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* se refiere á la persona misma de JESUCRISTO.

Eck, con sonrisa de satisfaccion que no supo disimular, dijo que sabía muy bien la fuente de donde su adversario sacaba esta doctrina.

—¿De dónde? preguntó Lutero como si los ojos le saltaran de sus órbitas.

—¿De dónde? le contestó tranquilamente Eck; de las obras de Juan Huss. Vamos que los bohemios pueden darse por muy satisfechos con haber encontrado un auxiliar bajo el hábito de un agustino.

—Vos me injuriáis, gritó Lutero; siempre he tenido á los bohemios por perturbadores de la Iglesia.

Entónces Eck citó la proposicion de Juan Huss, condenada por el Concilio de Constanza. Era letra por letra la misma de Lutero.

Éste se manifestó contrariado. Guardó un rato de silencio.

La ansiedad era general. El sajón no había de quedarse en aquella situacion bastante comprometida.

Con los ojos fijos sobre su rival, como que quisiera devorarlo con la mirada, dió un salto en su sillón, y levantando la voz dijo que, entre las proposiciones condenadas por el Concilio de Constanza, las había que eran verdaderamente evangélicas (1).

Estalló un murmullo general de sorpresa al oír esta proposicion.

El mismo presidente, el duque Jorge, se manifestó escandalizado y no pudo contener esta exclamacion:

—¡Esto es la peste!

Eck, sin perder un átomo de su calma, se dirige á Lutero para preguntarle:

—¿Es posible que Lutero condene así un Concilio general?

Lutero no encontraba salida, tratando como trataba de sostener la discusion como católico. Creyó salirse del apuro diciendo:

—Lo que quiero significar es que el Concilio de Constanza no condenó como heréticas todas las proposiciones de Juan Huss.

—No, no, contestó con calor Eck; nada de distinciones: la letra, el espíritu, todo fué condenado; y el Concilio no puede engañarse.

—Ni crear tampoco, añadió Lutero, un nuevo artículo de fe. ¿Cómo me probaréis vos que un Concilio no puede engañarse?

—¡Ah, querido padre, exclamó Eck, ¿qué es lo que estáis diciendo? ¡Un Concilio general, congregado en regla, puede engañarse! Esto no es católico.

Eck acababa de arrancar á Lutero la máscara públicamente. Las cosas ya en este terreno la discusion quedaba terminada.

El duque Jorge protestó en alta voz contra la actitud del agustino, pues al levantarse dijo de manera que muchos pudieron oírlo, dando á entender que no sería él quien fomentaría la rebelion:

—Nieto de Podiebrad, rey de los husitas, Jorge de Sajonia conoce suficientemente la historia reciente de su familia materna, para aventurarse á un nuevo cisma.

El P. Martín, aunque algo confuso, insistió diciendo:

—Yo no niego el primado del Papa; pero primado de derecho humano. Del primado de derecho divino ningun Padre de la Iglesia ha querido hacer un dogma de fe (2).

Lutero y Carlstadt, sin despedirse de sus amigos, huyen precipitadamente de Leipsick. El furor les ciega. De su boca salen frases como las siguientes:

—Eck es un pobre diablo henchido de viento.

—Los de Leipsick son asnos bordados con bonete de doctor.

(1) Ranke.

(2) Resol. Wittemb. 1519.

Ya no trata de velar su actitud rebelde. Escribe una carta bajo el título de: *Al Emperador y á la nobleza alemana*, en que propone que se suspenda á Leon X de su dignidad espiritual, que se obligue al Pontífice á descender de su trono y se le reduzca al carácter de párroco de Roma.

Carlstadt, loco de despecho, escribe un folleto en que pretende probar que la Sede Apostólica en algunas ocasiones ha faltado á la fe.

Bajo la inspiracion de Lutero y de Carlstadt se imprimen libelos destinados á sublevar la Alemania contra Roma, á alumbrar el fuego del odio contra el pontificado, se pretende que san Pedro no ha estado jamas en la capital del Catolicismo, que el cetro romano corresponde al emperador de Alemania.

### XIII.

#### Carta de Lutero á Leon X.

Lutero había andado ya grandísimo trecho en la senda de perdicion y con él lo había andado tambien una buena parte de la Alemania.

Tres años ántes, si el P. Martin se hubiese atrevido á decir que el Papa era el Antecristo, al desgraciado agustino se le hubiese considerado poco ménos que como un loco; ahora no sólo se le escucha sino que se le aplaude.

—Está visto, dice á todo el que quiere oírle, el Papa es el Antecristo que el mundo espera.

Esta frase Lutero la repite en todas las formas; muy pronto de Witemberg resonará en toda la Sajonia, encontrará eco en todo el país aleman.

Preguntadle qué es Roma y os contestará vomitando una serie de impropiedades:

—¡Roma es un hato de locos, de imbéciles, de ignorantes, de posesos, de diablos (1)!

Ya no se limita á injuriar torpemente al Pontífice, á Roma, sino que se subleva contra el dogma católico en general.

Publica un sermón sobre la Eucaristía tan plagado de herejías, que el duque Jorge se cree en el deber de denunciarlo al elector de Sajonia, y el obispo de Misnia expide un decreto que manda publicar en todas las iglesias, prohibiendo la lectura de aquel sermón.

Lutero ni se retracta ni se justifica. Se limita á contestar.

—El obispo es un topo.

Va aún más allá. De una sola plumada pretende destruir toda la jerarquía eclesiástica. Todo cristiano es sacerdote. El agua bautismal que nos constituye hijos de Dios nos confiere los poderes eclesiásticos.

Puesto ya á suprimir, suprime de una vez cinco Sacramentos.

El mismo Erasmo se escandaliza y exclama:

—¡Quién había de decir que de un golpe había Lutero de querer derribar la moral, el dogma, la fe de quince siglos!

—Es la ciencia que se emancipa, han dicho sus panegiristas.

Y sin embargo, Lutero se subleva contra la ciencia como contra el papado, como contra los Sacramentos, como contra el dogma católico. La filosofía para él es una obra diabólica, llega á dudar de si las escuelas tienen para el hombre alguna utilidad.

El pueblo le aplaude y le secunda, es verdad; pero ¿por qué?

—Porque enseña que la contricion no es necesaria y la satisfaccion es cosa vana, responde Erasmo (2).

(1) Spalatino, de Vette.

(2) *Populus libenter audiebat esse qui docerent non esse necessariam exomologesim supervacuum esse satisfactionem.* — Ep. Erasmi, 1, XXVI. ep. 28.

—Porque Lutero grita: Estad tranquilos; la sangre de CRISTO basta para obtener la salud eterna; si la fe no ha abandonado al pecador, el cielo está siempre abierto, añade Calcagnini (1).

—No se adhieren á Lutero sino porque nos libra de obispos; no se le ama sino porque nos arranca á su jurisdiccion, dice á su vez Melancton (2).

Lutero quiere la guerra, y no la que se sostiene por medio de la palabra, de la prensa; no la lucha de las doctrinas; «no quiere que de una espada se haga una pluma; la palabra de Dios es una espada, es la guerra, es la ruina, es el escándalo, es la perdicion, es el veneno; es, como se expresa Amós, el oso en el camino real y la leona en el bosque.»

Staupitz, su mismo amigo Staupitz, á quien el solo aspecto de Lutero producía una especie de fascinacion, le escribe que se contenga y que no publique su libro *de Emendando statu christianorum*, lleno de herejías y de violencias.

—Es tarde, contesta Lutero. Ya no hay más que hacer sino que el Espíritu Santo me empuje... Yo me parezco á CRISTO, á quien se crucificó porque había dicho: Soy el Rey de los judíos... Sé que el obispo de Misnia y otros me hacen cargos. Pues bien; yo sabré responderles; yo no toleraré que errores condenados en el Evangelio sean enseñados ni aunque fuese por ángeles del cielo, con mayor razon por esos ídolos de obispos... ¡Qué imbéciles esos doctores de Misnia y de Leipsick! Que me dejen tranquilo; porque si me enfadan, yo sabré cubrirles de oprobio... Soy el buque echado en alta mar; navego á la voluntad de Dios; vislumbro próximas tempestades, si Satanás no es encadenado. ¿Qué queréis, amigo mío? la palabra de Dios no marcha jamas sin producir ruido; es la palabra de majestad soberana que hace grandes maravillas, que retumba en las alturas y entre las nubes y que mata las almas de los perezosos de Israel. Es indispensable una de dos, ó renunciar á la paz, ó renunciar á la palabra divina... El Señor vino á llevar la guerra y no la paz... ¡Estoy aterrado! ¡Ay de la tierra! (3)

«Nuevas visiones aparecen en el cielo; en Viena llamas é incendios; yo quisiera contemplarlas; son señales que anuncian mi tragedia (4).

«¿Y qué tiene de particular que el mundo sea perturbado á causa de la palabra de Dios? A la sola noticia del nacimiento de CRISTO ¿no se conmovieron Heródes y su corte? Y al morir el Redentor ¿la tierra y el sol no se oscurecieron?

«Que yo lo quiera ó no, mi saber crece cada día. Hace dos años que escribía sobre las indulgencias; hoy quisiera poder borrar aquellos libros. Yo entónces estaba bajo la tiranía de Roma... Yo estaba solo para despeñar aquella roca.

«En cuanto á Emser, lo mejor será no contestarle nada, porque es un hombre del cual san Pablo ha dicho: «Es condenado, huid de él, su aliento mata.» Dejad que pase algun tiempo y yo rogaré contra él; yo pediré á Dios que le pague segun sus obras; que muera, porque vale más que muera que no que continúe blasfemando contra CRISTO... No quiero que roguéis por este miserable (5).»

No es, pues, el teólogo que discute, no es el hombre infatuado por su ciencia que se hunde en el fondo del error, es ya un furioso que no acierta á contenerse. El abismo en que va rodando es tan profundo, que los vértigos que le causa el contemplar su fondo, dan lugar á esa embriaguez que hace que él, sacerdote de paz, sueñe sólo en espadas, en guerras, en sangre, que se goce en contemplar ruinas; que él, ministro de caridad, se niegue á rogar por un hermano suyo, desee su muerte y proclame su condenacion.

Despues de la disputa de Leipsick, Miltitz le hizo prometer á Lutero que, abandonando su extraviado camino, escribiría á la Santa Sede una carta satisfactoria.

El mismo Leon X no había aún perdido enteramente todas sus esperanzas de contener, por

(1) *Ad salutem et æternitatem promerendam fidem et sanguinem Christi sufficere. Lasciviant igitur homines, pergrecentur in venerem, in cedes, in rapinas. Paratum eis cælum si fides inconcussa maneant.* — Calcagninus.

(2) Mel. Ep.

(3) Staupitzio, 18 febr., de Dette.

(4) Spalatino, 19 mart., de Dette.

(5) Nicol. Hausmann, 26 april., de Dette.

medio de la suavidad y de la dulzura, el incendio que, en Alemania sobre todo, podía presentarse tan imponente, y esta esperanza de Leon X apareció fortalecida por lo que el mismo Militz le había dicho.

Ya se supondrá cuál hubo de ser la sorpresa de Leon X, que no tenía conocimiento de las últimas violencias de Lutero, al encontrarse con que aquel escrito no era una carta; era un desafío, una insultante provocación dirigida al Jefe de la Iglesia. Juan Huss, Wicleff, los herejarcas de Oriente no habrían suscrito un documento semejante. No había figurado jamás cosa igual en los archivos pontificios.

«En medio de los monstruos de este siglo, escribe Lutero, con los cuales estoy en guerra desde hace tres años, mi pensamiento y mi recuerdo se levantan hacia vos, Santísimo Padre... Protesto que nunca he hablado de vos sino con honor y respeto. ¿Por ventura no os he llamado Daniel en la fosa de los leones?... Vos no podríais negármelo, mi querido León, esta Sede en que os sentáis aventaja en corrupción á Babilonia y á Sodoma; esta Roma impía es contra la que yo me he revelado. Me sublevo indignado al ver como bajo vuestro nombre se juega tan torpemente con el pueblo de JESUCRISTO; á esta Roma es la que yo combato y combatiré mientras yo aliente un soplo de vida. No que yo crea, porque esto es imposible, que mis esfuerzos han de prevalecer contra la turba de aduladores que reinan en vuestra desordenada Babilonia; pero encargado de velar sobre la suerte de mis hermanos, no quisiera que fuesen presa de todas las pestes romanas. Roma es una sentina de corrupción y de indignidad. Porque es más claro que la luz del sol que la Iglesia romana, en otro tiempo la más casta de todas las iglesias, ha venido á ser hoy una fétida caverna de ladrones, el más afrentoso de los lupanares, el trono del pecado, de la muerte y del infierno, y que en punto á malicia sería imposible llegar más lejos, aun cuando reinase el mismo Antecristo.

«Y vos, Leon, os halláis como un cordero en medio de lobos, como Daniel en medio de los leones, como Ezequiel en medio de los escorpiones. A todos estos monstruos ¿qué es lo que vais á oponer? Tres ó cuatro cardenales, hombres de fe y de ciencia: ¿que es esto en medio de un pueblo de descreídos? Si tratarais de remediar tantos males vos moriríais envenenado y ántes de haber pensado en el remedio... Los días de Roma están contados; la cólera de Dios sopla sobre ella. Ella odia los Concilios, ella teme la reforma, ella no quiere que se ponga un freno á su furor de impiedad. Se dirá de Roma lo que se ha dicho de su madre:—Hemos señalado á Babilonia; no puede ser curada: abandonémosla.

«La Sede de Roma no es digna de vos; debería estar ocupada por Satanás, quien reina mucho más que vos en esta Babilonia... ¿No es verdad que bajo este vasto cielo no hay nada más corrompido, más inicuo, más pestilente que Roma? Verdaderamente Roma sobrepuja en impiedad al turco mismo; fué un día la puerta del cielo, es hoy la garganta del infierno, que la cólera de Dios impide cerrar.»

Era preciso poner el sello á aquella serie de insolencias. Lutero había prometido, no sólo escribir á Leon X, sino dedicarle un tratado de mística. Efectivamente le remite su producción de la *Libertad Cristiana*, que no es más que una serie de negaciones del dogma católico. Establécese allí la justificación sin las obras, la incompatibilidad de la fe con la obra, que segun la teoría luterana, no son más que pecado; se sienta allí la sujeción de la criatura al demonio por esfuerzos que haga para evadirse á la acción satánica, la encarnación del pecado en el hombre por mucho que se esfuerze en elevarse hacia su Criador, aun cuando su pensamiento, desligándose de los lazos de la tierra, se abisme en la contemplación de los méritos del Salvador, cuando del fondo del corazón brota ferviente plegaria, cuando saltan de los ojos ardientes lágrimas del más cordial arrepentimiento, cuando el apóstol se inmola en nombre de la verdad, cuando el santo se sacrifica por amor á sus prójimos, todo, todo es culpa, pecado, condenación.

«Hay en el hombre, dice, dos hombres, el interior y el exterior; el interior es el alma, el exterior el cuerpo. El cuerpo no puede manchar al alma; que el cuerpo beba, coma, que

no ruegue de boca, como hacen los hipócritas, que frecuente los sitios profanos, esto no afecta al alma. Con tal que el alma tenga la fe no forma más que una sola cosa con el CRISTO; es el esposo con la esposa.»

Es la misma idea desarrollada en su libro titulado *Cautividad de la Iglesia en Babilonia*.

«Así, pues, dice en este libro, tú ves cuán rico es el cristiano; aun queriéndolo no puede perder la salvacion, sean cuales sean sus pecados, á no ser que se resistiera á creer. No hay clase alguna de pecado que pueda condenarle, sino la incredulidad (1).»

Como si el pensamiento no quedara aún bastante expresado, se entretiene en él para darle más fuerza, escribiendo á Melancton:

«Sé pecador, le dice, y peca fuertemente, pero confía más fuertemente y alégrate en CRISTO (2).»

«Si creyendo se pudiese cometer un adulterio dejaría de ser pecado (3).»

En el libro que remite á Leon X pretende tambien establecer que el sacerdocio es infuso en la humanidad cristiana, que va adherido al hombre como el alma al cuerpo, porque el CRISTO ha contraído con la humanidad una especie de desposorio, participando así ésta de todos los dones, incluso el sacerdocio; que los nombres de sacerdote, clérigo, no sólo no significan nada, sino que constituyen un ultraje á la palabra de Dios, que nos ha hecho á todos en el mismo grado sus hijos, sus ecónomos, sus ministros; que la pompa del culto externo se reduce á formas humanas que el espíritu de CRISTO debe borrar de en medio de los cristianos (4).

Después de escrita aquella carta y aquel libro, era indispensable obrar; la tolerancia entonces habría sido culpable. Leon X había agotado todos los recursos; ya no había otro medio que lo que Eck llamaba *pegar fuego al bosque del Libano*.

#### XIV.

Lutero pretende contestar á la Bula de Leon X con otra Bula.

Pocos hombres han sido tan amantes de la paz como Leon X. Ascendido al trono pontificio tras de una época de lucha, estaba en disposicion de apreciar en la calma de la paz las ruinas que se amontonaran durante una época de guerra.

Con su alma de artista Leon veía con placer el desarrollo artístico de su época y había de lamentar que funestas disensiones vinieran á contener á los hombres de inspiracion en su magnífico vuelo.

El cisma se presentaba á su imaginacion como un fantasma terrible que él hubiera deseado poder conjurar. Él ve al lado de Lutero á la Sajonia; Leon X, que todos los días al ponerse el sol congregaba en torno suyo á los poetas, á los literatos, á los humanistas para gozar en su agradable conversacion, había amado con particular predileccion aquella Sajonia, donde las letras tenían tan aventajados cultivadores.

Lanzar solemnemente el anatema contra Lutero y los que le seguían fué para Leon X un deber penoso, pero un deber al fin; y Leon X no vacila nunca al tratarse de cumplir con sus obligaciones de Pontifice.

Había estado esperando tres largos años. Durante este tiempo el gran Papa lo había agotado todo, mediacion de personas afectas á Lutero, halagos, amenazas.

Era ya lo de Lutero una defeccion pública que arrancaba lágrimas á todos los buenos hi-

(1) *Etiam volens non potest perdere salutem suam quantiscumque peccatis, nisi nolit credere. Nulla enim peccata eum possunt damnare, nisi sola incredulitas.*—De Capt. Bab. t. II.

(2) *Esto peccator et pecca fortiter, sed fortius fide el gaude in Christo.*—Melanctoni, 21 aug. 1521.

(3) *Si in fide fieri posset adulterium, peccatum non esset.*—Luth. Disp.

(4) *De Lib. Christ.*

jos de la Iglesia. Leon X había de dar justa satisfaccion á aquellas lágrimas. La provocacion, la declaracion de guerra partió de Lutero; el pontificado, la Iglesia puede decir muy alto ante la historia que si el cisma estalló al fin la responsabilidad cae toda sobre sus promovedores, que acabaron por agotar toda la paciencia del pontificado.

Leon X abre el Evangelio y en cada capítulo, en cada línea ve la condenacion de Lutero.

Frente á frente del libro de Dios y con su conciencia de Pontífice se persuade de que la misericordia ha cumplido con todo su deber y que es llegada la hora de que cumpla con el suyo la justicia.

Leon X llama á los cardenales, se asesora con ellos, y el 15 de junio de 1520 lanza la Bula de excomunion.

Laméntase en ella Leon X de los insultos dirigidos contra la majestad del pontificado, del lenguaje de injurias que, á falta de razones, sale de boca de los falsos reformadores.

«Vemos con dolor, dice, que algunos doctores temerarios, cuyo entendimiento ciega el padre de la mentira, tuercen las palabras de la sagrada Escritura á sentidos perversos... por manera que no es ya en sus manos Evangelio de CRISTO, sino Evangelio del hombre...»

Quéjase el Sumo Pontífice de que se evoquen los errores de los griegos y los bohemios ya condenados por los Concilios y Constituciones de sus antecesores, y expresa su hondo pesar al ver nacer la nueva herejía en el seno de la Alemania á la que los papas, y él en particular, han amado tan cariñosamente, porque han visto en la Alemania un escudo para la Iglesia, para su doctrina y para su libertad.

«En fin, continúa, el deber de nuestro cargo pastoral no nos permite disimular por más tiempo: nos vemos obligados á anatematizar cuarenta y una proposiciones sacadas de los escritos de Lutero. Conformándonos con el parecer de los cardenales, generales de órdenes religiosas, teólogos y canonistas, las hallamos dignas de censura: las condenamos como respectivamente heréticas, escandalosas, falsas, mal sonantes para los fieles y contrarias á la fe católica.»

La Bula reproduce las cuarenta y una proposiciones de Lutero relativas al pecado original, á la penitencia, á la remision de los pecados, á la comunion, á las indulgencias, á la excomunion, á la potestad pontificia, á la autoridad de los Concilios, á las buenas obras, al libre albedrío, al purgatorio, á las órdenes mendicantes, haciendo sobre cada una de ellas un concienzudo escrutinio.

Áun en medio de los rigores de la justicia, el Papa hace brillar las bellas claridades de la misericordia: le concede á Lutero sesenta días para abjurar sus errores.

La Alemania en general y en particular la Sajonia se estremeció al recibir la Bula. En los primeros momentos el mismo Lutero parecía espantarse de su obra. Durante muchos días la Bula no le dejó un momento de tranquilidad: en la universidad de Wittemberg, en el retiro de su celda, en las agitaciones mismas de su borrascosa vida, en todas partes le atormentaba la idea de la Bula.

Apeló en un principio al recurso de negar su autenticidad, considerándola como apócrifa; pero tenía que escribir á Spalatino:

—Yo bien sé que la bula es una verdad.

Esta crisis terminó como terminaban siempre en Lutero, enfureciéndose contra el Papa.

—Si César fuese un hombre, dijo en uno de sus arrebatos, se levantaría en nombre de CRISTO contra todos estos Satanes.

Resuelve contestar á la Bula y va á hacerlo, segun su costumbre, valiéndose de los términos más indignos. Fuera de sí de encono, mancha con la hiel de una cólera que no sabe reprimir cada una de las líneas del desgraciado documento.

La admirable Bula de Leon, áun prescindiendo de su carácter dogmático y limitándonos á considerarla por las cualidades de su redaccion, es un modelo de buen lenguaje; considerán-

dola, por el lado humano y como obra literaria, es un elocuentísimo testimonio de la regeneración latina que había tenido lugar en Roma en aquella época. Los mismos alemanes tienen que reconocer que hay allí una cadencia en la frase, una armonía en los períodos que ninguno de ellos está en aptitud de imitar.

Como marcando la solemnidad de aquel momento histórico en que se abre para la Iglesia un nuevo período de luchas, vese en aquella Bula al Padre celestial levantándose con gran majestad para acoger los gemidos de la Iglesia, que le suplica la libre del jabalí que desola el bosque del Señor, uniendo san Pedro sus súplicas á las de esa Iglesia cuyas primeras piedras él regó con su sangre y cuya hermosura quisieran manchar maestros de mentira cual lengua es carbon ardiente, que con su boca destilan veneno y muerte. Figura allí san Pablo que, con aquel espíritu tan vigoroso que le distinguía, viene á defender su obra contra el nuevo Porfirio que se ceba en los pontífices muertos en la fe, como el viejo Porfirio clavaba su diente en los santos de Dios. Aparece por fin entre luminosa nube la Iglesia universal, los coros de ángeles, los profetas de la ley Antigua; los apóstoles, mártires y doctores de la Nueva, que, con las manos extendidas hacia el trono del Cordero, piden á Dios conserve á su grey la paz y la unidad.

Y lo que allí admira aún más que la belleza de las formas y la sublimidad del estilo es la generosidad del Sumo Pontífice, que si tiene que castigar al hijo rebelde, está dispuesto á acoger al arrepentido. Que el culpable pida perdón y el velo del olvido cubrirá para siempre las faltas de lo pasado; que Lutero vaya á la capital del Catolicismo, que se persuada de que Roma no es Sodoma ni es Babilonia. Leon X empeña su palabra como salvo-conducto, y él mismo recibirá su abjuración, no con los rigores de un juez, sino con la bondad de un padre. Si dada su pobreza de monje á Lutero le faltan recursos para ir á Roma, Leon X se encargará de los gastos del viaje.

El contraste que con este documento ofrece la contestación de Lutero no puede ser más completo. Él trata á su vez de fulminar su Bula. Es digna de figurar como primera página de la historia del protestantismo; es un testimonio más del espíritu que animaba á esos reformadores.

Escuchemos como habla el pontífice de la nueva secta.

«Se me dice, que se ha lanzado contra mí una Bula.

«Yo al autor de esta Bula le tengo por el Antecristo; esta Bula yo la maldigo como una blasfemia contra el CRISTO, Hijo de Dios, *Amen*.

«Yo reconozco, yo proclamo en mi alma y en mi conciencia como verdades los artículos que la Bula condena; á todo cristiano que acepte esta infame Bula, yo le declaro merecedor de los tormentos del infierno. Esta es la manera como yo me retracto.

«Pero dime, ignorantísimo Antecristo, ¿eres tan irracional que creas que la humanidad va á dejarse intimidar?... entónces ya no habría mulo, asno, topo... que no hiciese el oficio de juez.

«¡ Ah, bulistas! ¿No teméis que la piedra y la madera suden sangre al ruido de las abominaciones que vosotros vomitáis? Y vosotros, emperadores, ¿dónde estáis? ¿Dónde vosotros, reyes y príncipes de la tierra? ¿Dísteis vuestro nombre á JESUS en el bautismo y toleráis esta voz tártara del Antecristo? ¿Dónde estáis vosotros, doctores? ¿Dónde estáis vosotros, obispos? ¿ Vosotros todos que predicáis el Cristianismo guardaréis silencio ante un prodigio tal de impiedad? ¡ Infortunada Iglesia que ha venido á ser presa de Satanás! ¡ Miserables que vivís en este siglo! Hé aquí, hé aquí que viene la ira de Dios sobre todo lo que lleva el nombre de papista. Á Leon X, á vosotros todos, monseñores los cardenales, yo os lo digo á la cara, escuchad: si sois vosotros los que habéis hecho esta Bula, yo uso del poder que Dios me ha dado en el bautismo instituyéndome en hijo y heredero suyo. Apoyado en esta roca, que no teme las puertas del infierno, ante el cielo, ante la tierra, yo os lo repito: volved á Dios, renunciad á vuestras satánicas blasfemias contra JESUCRISTO.»

En todo este escrito se ve que á Lutero la ira le ahoga; por esto acude á las frases más indignas, por esto no se detiene hasta provocar la guerra contra la Iglesia de Cristo. A su encono ya no bastan palabras; necesita sangre; hé aquí por que apela á los emperadores, á los reyes, á fin de que la Bula de Leon X la rasguen con sus espadas.

Hutten se presta á hacer coro con Lutero.

Trata tambien de sublevar á la Germania contra Roma, se burla torpemente del Papa y á Leon le apoda llamándole X.

«Eres tú, X, escribe, quien ha robado á la Germania; como eres un tirano, el Evangelio siempre te ha disgustado... ¿Á qué llamas libertad de la Iglesia?... Aquí no hay otro hereje más que tú... Tú tratas de ser Leon para con nosotros y quisieras devorarnos; no olvides que si á mi país no le bastan sus águilas tambien nutrirá contra tí leones.

Tras de esto Hutten recomienda que se arme un ejército que vaya á echarse sobre Leon X.

## XV.

### Lutero quemando la Bula.

Para dar á conocer la Bula á los alemanes el Papa escogió á Eck.

Eck conocía á la Alemania; en su disputa de Leipsick se había hecho muy simpático al elector de Sajonia; príncipes, teólogos le habían aplaudido calurosamente, y ademas unía la fuerza á la moderacion. Eck no era únicamente teólogo, era tambien diplomático, sabía los resortes que se habían de tocar para hacerse propicio á los personajes de las córtes.

La Bula era conocida de los alemanes mucho ántes de que Eck fué allí para su promulgacion oficial.

El partido luterano iba creciendo cada día; así fué que Eck encontró la atmósfera muy mal preparada, los espíritus hallábanse sobrecitados contra el documento emanado de la autoridad de Leon.

Se urdió contra la Iglesia la conspiracion de la burla y esta produjo sus resultados.

Lutero hablaba en la cátedra por ejemplo del silogismo:—«¿Qué es el silogismo? ¿Sabéis, preguntaba, qué es el silogismo? Es un asno que, como lo hizo Abrahan, es menester que lo dejemos atado al pié de la montaña, siempre que tratemos de subir á sacrificar en los sitios elevados.» Ocupándose de la Bula y acudiendo á buscar sus imágenes adonde solía acudir siempre, se expresaba así: «Se dice que el asno no canta mal sino porque en su escala musical comienza por una nota demasiado elevada. Nuestra Bula hubiera cantado mejor si ella no hubiese desde luégo levantado hasta el cielo su boca blasfema.»

La imprenta daba á luz descocados folletos en donde se pintaban escenas grotescas que se fingía tener lugar por punto general en alguna vieja sacristía, cuyos actores llevaban el característico capuchon, donde se hablaba latin, pero latin de lego portero.

Lo que no podía el libelo, el sermon báquico ó la parodia de disputa peripatética, se alcanzaba por medio del dibujo, en cuyas caricaturas solía hacer el gasto, por regla general, un dominico. Hasta las cortezas de los árboles, donde con la punta de un cuchillo se figuraban frailes en actitud ridícula, se hacían servir para aquella torpe propaganda; y mientras Roma se inclinaba ante la transfiguracion de Rafael ó la creacion de Miguel Angel, Alemania se reunía para aplaudir una indecente representacion de Leon X en actitud de arrastrarle al Concilio, al que pretendía apelarse Lutero.

A veces eran mascaradas las más torpes. Estudiantes cubriéndose de caretas de papel, ostentando tiaras de carton, iban por las calles montados en asnos, gritando como energúmenos:

—¡Muera el papismo!

Y aquellos nobles degradados, aquellos electores medio ebrios, aquellos religiosos escapados de sus conventos, aquellos escolares que habían quemado á Aristóteles en efígie, todos se unían para aplaudir los más brutales arranques.

Por lo que acabamos de consignar puede venirse en conocimiento de la manera como Eck encontraba preparados á los alemanes.

En Erfurt á Eck se le recibió con torpes burlas, de suerte que se vió en la precision de no aparecer en público. Los estudiantes pudieron hacerse con un ejemplar del documento pontificio. Uno de ellos lo levantó gritando:

—*Bulla est, in aqua natet.*

A lo que contestaron con fuertes chillidos:

—*In aqua natet;* y la echaron al agua.

En Leipsick la Bula fué rasgada, lo propio que en Torgau.

En Deblín se levanta una especie de cadalso donde es colgado el documento pontificio.

En Magdeburgo se la pega al libro de Emser y se la arroja *in publico infamiae loco* con esta inscripcion:

*Este es el lugar digno de este libro.*

No se arredró Eck por estos atentados. Dispuesto á cumplir con su mision, la Bula fué presentada á los obispos de Misnia, de Merseburgo, de Brandeburgo. En Colonia, Maguncia, Alberstadt, Freisnigen, Eichstadt, pudo promulgarse pacíficamente.

Lutero espera la llegada oficial de la Bula, á fin de repetir lo que hizo Jerónimo de Praga al tener noticia de la sentencia del Concilio de Constanza contra Juan Huss, atentado que el doctor cree poder verificar con toda impunidad durante la ausencia del elector de Sajonia.

En efecto, el 10 de diciembre elevábase en Wittemberg, junto á la puerta Oriental, una vasta hoguera. En rededor había multitud de bancos dispuestos en forma de gradería (1).

A las nueve de la mañana compareció una numerosa turba de estudiantes de la universidad, entre los que había algunos catedráticos y grandes masas de pueblo, que esperaban ansiosos el espectáculo que Lutero les había prometido el día ántes.

Al poco rato se presenta el Reformador con traje académico, trayendo debajo del brazo las decretales de los papas, las constituciones llamadas *Extravagantes* y ostentando, de una manera visible, la bula de Leon X impresa en grandes caracteres.

Tras de él venían otros cargados con los escritos de Emser, de Eck, de Prierias, de todos los que habían sostenido discusiones con Lutero.

Al comparecer el doctor estallaron ruidosos gritos de alegría. Lutero con la mano hace señal de silencio.

Llama á un bedel de la universidad de Wittemberg para que pegue fuego á la hoguera. A la luz de la llama que se eleva á grande altura, Lutero levanta la Bula para que la vea el pueblo, y la echa al fuego gritando:

—Tú has perturbado la casa de Dios; vas á ser echada, pues, al fuego eterno (2).

Las turbas contestaron á coro:

—¡Amen!

Y el populacho empezó á rodear la hoguera volviendo á arrojar con frenesí á las llamas las humeantes hojas que hacía volar el viento, y repitiendo á grandes gritos:

—¡Viva Lutero! ¡Abajo los papistas! ¡Una misa para la pobre Bula!

Poco despues Lutero anunciaba al mundo cristiano aquella hazaña como un general anuncia una victoria.

«En el año de JESUCRISTO MDXX, el X de diciembre, á las nueve horas de su mañana, han sido quemados en Wittemberg, en la puerta Oriental, ante la iglesia de Santa Cruz, todos los libros del Papa, los rescriptos, las decretales de Clemente VI, las *Extravagantes* y la nueva

(1) Op. Luth.

(2) Halle.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATOLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

*Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.*

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

*ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.*

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.